

Condenada

La vida es corta, la muerte es eterna

CHUCK PALAHNIUK

Traducción de
Javier Calvo



MONDADORI

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Damned*

© 2011, Chuck Palahniuk

© 2013, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Javier Calvo Perales, por la traducción

Primera edición: junio de 2013

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2669-2

Depósito legal: B-11.974-2013

Fotocomposición: La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Cayfosa

(Barcelona)

GM 2 6 6 9 2

I

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Acabo de llegar aquí, al Infierno, pero no es culpa mía, salvo tal vez por el hecho de haberme muerto de una sobredosis de marihuana. Tal vez esté en el Infierno por ser gorda... Una auténtica foca. Si una puede ir al Infierno por tener la autoestima baja, entonces es por eso por lo que estoy aquí. Ojalá pudiera mentirte y decirte que estoy en los huesos y que soy rubia y tetuda. Pero, créeme, tengo mis razones para estar gorda.

Para empezar, déjame que me presente.

¿Cómo puedo transmitir con fidelidad la sensación de estar muerta...?

Sí, conozco la palabra *transmitir*. Estoy muerta, no soy retrasada mental.

Creedme, estar ya muerta es mucho más fácil que el hecho en sí de morir. Si eres capaz de ver mucha televisión, entonces estar muerta es pan comido. En realidad, ver televisión y navegar por internet son un entrenamiento perfecto para estar muerta.

Lo más cerca que puedo llegar a describir la muerte es compararla con cuando mi madre enciende su portátil y lo conecta con el sistema de vigilancia de nuestra casa de Mazatlán o de Banff.

—Mira —me dice, girando la pantalla de lado para que yo la vea—: está nevando.

Y en el ordenador vemos resplandecer suavemente el interior de nuestra casa de Milán, la sala de estar, con la nevada cayendo al otro lado de los ventanales; y a larga distancia, pulsando las teclas Ctrl, Alt y W, mi madre abre del todo las cortinas de la sala de estar. Pulsa Ctrl y D para atenuar las luces con el control remoto y las dos nos quedamos sentadas, en un tren o en un sedán de alquiler o a bordo de un jet privado, contemplando la bonita vista invernal a través de los ventanales de esa casa vacía que se ve en la pantalla del ordenador. Pulsa las teclas Ctrl y F para encender el fuego de la chimenea de gas y las dos nos quedamos escuchando el susurro que hace la nieve italiana al caer y el crepitar de las llamas por los monitores de audio del sistema de seguridad. Después mi madre teclea en el sistema las instrucciones para ver nuestra casa de Ciudad del Cabo. A continuación conecta con nuestra casa de Brentwood. Podría estar simultáneamente en todos los lugares y en ninguno, soñando con las puestas de sol y el follaje de todos los lugares salvo aquel donde está. En el mejor de los casos, una centinela. Y en el peor, una voyeur.

Mi madre es capaz de matar la mitad de un día delante del portátil sin hacer nada más que mirar habitaciones en las que solo hay nuestros muebles. Manipulando el termostato con el control remoto. Atenuando las luces y eligiendo el nivel adecuado de música suave para cada habitación.

—Es para desconcertar a los ladrones de casas —me cuenta. Va pasando de una cámara a otra, mirando cómo la doncella somalí nos limpia la casa de París. Encorvada sobre su pantalla de ordenador, suspira y dice—: En Londres están floreciendo mis azafranes...

Desde detrás de la sección de Negocios del *Times* que está leyendo, mi padre le dice:

—Se llaman «azafranes de primavera».

Lo más seguro es que entonces mi madre suelte una risilla y pulse las teclas Ctrl y L para encerrar a una doncella dentro de un cuarto de baño situado a tres continentes de distancia

solo porque los azulejos no se ven tan pulidos como ella quiere. Eso es lo que mi madre entiende por una travesura divertida. Afectar el entorno sin estar físicamente presente. El consumo en ausencia. Igual que conseguir que una canción de éxito que grabaste hace décadas siga ocupando la mente de un trabajador chino esclavizado al que no conocerás nunca en la vida. Es poder, sí, pero una modalidad absurda e impotente de poder.

En la pantalla del ordenador, una doncella coloca un jarrón lleno de peonías recién cortadas en la repisa de la ventana de nuestra casa de Dubái y mi madre se dedica a espiarla vía satélite y a bajar el aire acondicionado, más y más frío, dándole a una tecla a través de su conexión inalámbrica, congelando esa casa y esa habitación en concreto, hasta obtener un nivel de frío de cámara frigorífica, de pista de esquí, gastando una burrada en freón y en electricidad solo para conseguir que unas bonitas flores cortadas de color rosa que han costado diez pavos le duren un día más.

Pues estar muerta es así. Sí, conozco la palabra *ausencia*. Tengo trece años, no soy idiota. Y estando muerta, por los dioses, anda que no entiendo la idea de la ausencia.

Estar muerta es la esencia misma de no llevar equipaje.

Estar muerta-*muerta* es algo que se hace sin parar, veinticuatro horas al día, siete días a la semana y trescientos sesenta y cinco días al año... para siempre.

No me pidáis que os explique cómo es que te saquen toda la sangre del cuerpo. Lo más seguro es que ni siquiera debería contaros que estoy muerta, porque seguro que ahora os sentís espantosamente superiores a mí. Hasta el resto de la gente gorda se siente superior a la Gente Muerta. Y a pesar de todo, aquí va: mi Escalofriante Admisión. Lo confieso todo y no me guardo nada. Salgo del armario. Estoy muerta. Ahora ya no me lo podéis recriminar.

Sí, todos resultamos un poco misteriosos y absurdos para los demás, pero nadie resulta tan ajeno como alguien que está muerto. A un desconocido le podemos perdonar que decida

practicar el catolicismo o la homosexualidad, pero no que se someta a la muerte. Odiamos la falta de entereza. Morirse nos parece la peor de las debilidades, peor que el alcoholismo o la adicción a la heroína, y en un mundo donde la gente ya te llama perezosa si no te afeitas las piernas, estar muerta parece el defecto de carácter supremo.

Es como si te hubieras escaqueado de la vida, simplemente no te has esforzado lo bastante como para realizar todo tu potencial. ¡Gallina! Y estar gorda y muerta, os lo aseguro, ya es cagarla por partida doble.

No, no es justo, pero aunque sintáis lástima por mí, lo más seguro es que también os sintáis puñeteramente orgullosos de estar vivos y seguramente masticando un bocado de algún pobre animal que tuviera la mala suerte de vivir por debajo de vosotros en la cadena alimentaria. No os estoy contando todo esto para daros pena, en absoluto. Tengo trece años, soy una chica y estoy muerta. Me llamo Madison, y lo último que necesito es vuestra estúpida compasión condescendiente. No, no es justo, pero es lo que hay. La primera vez que conocemos a alguien, nos sale una vocecilla insidiosa en la cabeza que dice: «Puede que lleve gafas o que tenga las caderas anchas o que sea una chica, pero por lo menos no soy gay ni negra ni judía». En otras palabras: puede que sea yo, pero por lo menos tengo la sensatez de no ser TÚ. De manera que ni siquiera voy a mencionar el hecho de que estoy muerta porque todo el mundo se siente puñeteramente superior a los muertos, hasta los mexicanos y la gente con sida. Es como cuando estudiábamos a Alejandro Magno en la clase de Influencias de la Historia Occidental de séptimo y no podíamos dejar de pensar: «Si Alejandro era tan valiente y listo y... Magno... ¿por qué se murió?».

Sí, conozco la palabra *insidiosa*.

La Muerte es el Único Gran Error que ninguno de nosotros planea cometer NUNCA. De ahí las magdalenas con salvado y las colonoscopias. Es por eso por lo que la gente toma vitaminas y se hace citologías. No, tú no, claro, *tú no te vas a*

morir nunca, y es por eso por lo que ahora te sientes superior a mí. Pues vale, sigue pensando eso. Sigue untándote la piel de protector solar y palpándote en busca de bultos. No dejes que yo te estropee la Gran Sorpresa.

Aunque, para ser sincera, cuando estás muerta lo más seguro es que ni siquiera la gente sin hogar ni los retrasados mentales se quieran cambiar por ti. O sea, se te comen los gusanos. Es una violación total de tus derechos civiles. La muerte tendría que ser ilegal, pero no parece que Amnistía Internacional esté emprendiendo ninguna campaña de envío de cartas. No parece que se estén juntando estrellas del rock para grabar singles de éxito cuyos beneficios vayan destinados a impedir que los gusanos se coman MI cara.

Mi madre os diría que soy demasiado superficial y que todo me lo tomo a broma. Mi madre me diría: «Madison, no te pases de lista». Me diría: «Estás *muerta*; haz el favor de *relajarte*».

Lo más seguro es que el hecho de que yo esté muerta sea un alivio enorme para mi padre; por lo menos de esta manera no se tendrá que preocupar de que yo lo avergüence quedándome embarazada. Mi padre siempre me decía: «Madison, el hombre que acabe contigo lo va a tener complicado...».

Si mi padre supiera...

Cuando se murió mi pececillo, el señor Contoneos, lo echamos al váter y tiramos de la cadena. Cuando se murió mi gatito, Rayas de Tigre, yo intenté hacer lo mismo y tuvimos que llamar a un fontanero para que nos desatascara las tuberías. Menudo desastre. Pobre Rayas de Tigre. Cuando yo me morí, no quiero entrar en detalles, pero digamos que un empleado de pompas fúnebres llamado Perverto Pervertínez me pudo ver desnuda y me sacó toda la sangre del cuerpo y comió Dios sabe qué jugarretas desquiciadas con mi cuerpo virginal de treceañera. Podéis acusarme de que no me tomo nada en serio, pero la muerte es el mayor chiste que hay en el mundo entero. Después de todas las permanentes en el pelo y las clases de ballet que me pagó mi madre, acabé en aquella

mesa recibiendo un señor baño de lengua de un empleado barrigudo y depravado de la funeraria.

Os aseguro que cuando estás muerta básicamente te toca renunciar a tus exigencias de respeto y espacio personal. Limitaos a entender que no me morí porque fuera demasiado perezosa para vivir. No me morí porque quisiera castigar a mi familia. Y da igual cuánto me meta con mis padres, no penséis que los odio, para nada. Ciertamente me quedé unos días para mirar a mi madre encorvada sobre su portátil, pulsando las teclas Ctrl, Alt y L para cerrar con llave la puerta de mi dormitorio de Roma, de mi habitación de Atenas, de todas las habitaciones que tengo por el mundo. A continuación la vi teclear para cerrar todas mis cortinas, bajar el aire acondicionado y activar el filtro electrostático del aire para que ni siquiera el polvo tocara mis muñecas y mi ropa y mis animales de peluche. Simplemente es lógico que yo eche más de menos a mis padres de lo que ellos me echan de menos a mí, sobre todo si tenemos en cuenta que ellos solo me quisieron durante trece años, mientras que yo los quise durante toda mi vida. Perdonadme por no quedarme más tiempo, pero no quiero estar muerta y limitarme a mirar a la gente mientras enfrío las habitaciones, hago parpadear las luces y abro y cierro las cortinas. No quiero ser una simple voyeur.

No, no es justo. Pero lo que hace que nuestra tierra parezca el Infierno es nuestra expectativa de que sea como el Cielo. La tierra es la tierra. Y estar muerto es estar muerto. Ya averiguaréis muy pronto cómo es. Y no va a servir de nada que os angustiéis.